

SOMBRA INALCANZABLES

Una pequeña hoguera dispersaba parte de las sombras del bosque. Algunos duendecillos revoloteaban entre los arbustos, dando otros colores a la noche con su mágica luminiscencia. Habían sido atraídos al claro por el sonido de las flautas y los tambores. Los músicos élficos parecían tocar en un extraño trance. En el centro de la reunión, seis bailarines guerreros danzaban. Su baile contaba la historia de los elfos silvanos. En ella se entrelazaban pasado y futuro. Había dolor y había muerte, pero también amor, valor y vida. Era el equilibrio de la naturaleza y el paso de las estaciones. La tenue luz de la luna centelleaba sobre sus serpenteantes tatuajes. Todos pudieron sentir la inminente batalla, conectar con sus espíritus y prepararse para el final, que en el fondo no es más que un nuevo principio. Cuando el ritual-espectáculo finalizó con los últimos aullidos, el búho gigante de Irdril se posó en la cercanía. El noble elfo montó. Cazaría durante las horas que quedaban de noche.

El día amanecía frío y el viento cortaba como un cuchillo. La claridad de la mañana, tímida, trataba de deshacer las brumas y colarse entre los densos nubarrones. El gigantesco búho pardo se posó silencioso en un claro del bosque y de un salto bajó Irdril. Olía a rocío. El elfo caminó hasta un anciano roble donde le esperaba una mujer. Vestía la túnica de los druidas y sobre ella revoloteaba una lechuza, esta de tamaño normal.

-Ha llegado la guerra, los fuegos del enemigo se multiplican, las huestes son casi incontables.

-Lo sé, Irdril-repuso la hechicera-el bosque también lo sabe, sólo quería esperarte para rogar su ayuda a los espíritus de los árboles.

Entonces, la mujer, posó una mano delicadamente en el roble. Irdril sintió un cambio muy sutil en el aire. A pesar de sus siglos de existencia y comunión con el bosque, seguía maravillándose con cómo se comunicaban las plantas, desde cómo decidían qué semillas soltar cada año hasta cómo se preparaban para la lucha. Pronto notó cómo algunas copas se agitaban ligeramente. Eso sería todo lo que vería de los espíritus naturales hasta que mostraran sus vengativas caras en la batalla próxima.

A tan solo unos metros de ellos, pareció desprenderse una parte de la espesura, cuando los forestales hicieron aparición. Habían pasado totalmente inadvertidos, incluso para sus refinados sentidos élficos. Al acercarse, Irdril percibió que los carcajs de los exploradores estaban medio vacíos. Sabía que cada flecha había supuesto una muerte.

Pronto llegaron otros representantes de las diferentes tribus del bosque: arqueros, los misteriosos bailarines y jinetes. Ninguno de ellos se inclinó ni le dirigió pomposos saludos. Su liderazgo se basaba en la confianza y los asrai habían aprendido a desprenderse de esa estúpida soberbia de sus ancestros hacía mucho tiempo. El jinete del búho trazó el plan. Todos asintieron y se marcharon. Estaban ampliamente superados en número y si querían tener alguna posibilidad debían atacar rápido y de manera letal.

Irdril se acercaba a su fiel montura, cuando, en el linde del claro, vio otra silueta. Se trataba de Airun. Esa elfa había dejado el resto de la comunidad hacía siglos, sobrepasando su existencia mundana, para alcanzar un nivel superior de unión con las bestias. Era un ser en sí salvaje. Irdril se inquietó. Sería un gran apoyo en la batalla: poseía el arco más certero y con su gran espada causaba la misma destrucción; sin embargo, su aparición significaba que se encontraban en una situación crítica. Si Airun no se hubiera apartado del resto de elfos, sin duda ella ocuparía el papel de Irdril. Se miraron a los ojos un instante y después, también ellos se marcharon. La emboscada estaba dispuesta y los elfos y demás espíritus venderían caras sus longevas vidas ante los invasores.